



Un circuito sin término
sobre los muros.

La estricta autoridad del pie,
el aire en la balanza de los brazos.

La dulzaina del afilador
nos aumentaba un pájaro.

No llegaba el tiempo
a nuestra posición invisible.

En la noche el susurro del sol,
su plática, su habla tibia.

Así era su reino,
el cautiverio de lo continuo.

RAMÓN COTE BARAIBAR